

de edificios bajos, compuestos de espaciosos salones, con amplias puertas ó salidas á la plaza. Dividió Pizarro su caballería en dos trozos, poniendo el uno á cargo de su hermano Hernando y el otro al de Soto, y ambos los colocó en estos salones. En otro edificio apostó la infantería, reservándose veinte hombres escogidos para acudir con ellos á donde el caso lo pidiese. Pedro de Candia quedó en la fortaleza, con unos cuantos soldados y la artillería, comprendiéndose por todo bajo este imponente nombre, dos pequeñas piezas de las llamadas falconetes. Todos tenían orden de mantenerse en sus respectivos puestos hasta que llegase el Inca. Aun cuando este hubiese entrado ya en la gran plaza, debían todavía permanecer ocultos sin que nadie les viese, hasta que se disparase un arcabuz que era la señal convenida; entonces saldrían repentinamente de su embocada, y darían espada en mano sobre los Peruanos hasta hacerse dueños de la persona del Inca. La disposición de aquellos grandes salones al mismo nivel de la plaza, parecía imaginada espresamente para un *coup de théâtre*. Pizarro les recomendó muy en particular el orden y una obediencia ciega, para que en el momento del ataque no se introdujese la confusión. Todo el éxito dependía de obrar de acuerdo, con prontitud y sangre fría.¹

1 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relac. del Primer.

CAPITULO V.

RESOLUCION DESESPERADA DE PIZARRO.—VISITA ATAHUALLPA A LOS ESPAÑOLES.—HORRIBLE CARNICERIA.—QUEDA PRISIONERO EL INCA.—CONDUCTA DE LOS CONQUISTADORES.—MAGNIFICAS PROMESAS DEL INCA.—MUERTE DE HUASCAR.

1532.

Las nubes de la tarde anterior se habían ya disipado, y el sol apareció puro y radiante á la mañana siguiente para alumbrar el día mas memorable en los anales del Perú. Era un sábado, diez y seis de Noviembre de mil quinientos treinta y dos. Apenas apuntaba el día, cuando el sonoro toque de las trompetas llamó los Españoles á las armas, y Pizarro, despues de haberles impuesto en breves palabras del plan que había discurrido para la sorpresa, comenzó á tomar las disposiciones necesarias.

La plaza, como hemos dicho en el capítulo anterior, estaba rodeada por todos sus tres lados

El comandante procedió luego á examinar si las armas estaban en buen estado, y si los pretales de los caballos estaban guarnecidos de cascabeles, para que su ruido aumentase el espanto de los Indios. Tambien repartió comestibles en abundancia para que estuviesen las tropas en estado de combatir con vigor. Terminadas estas disposiciones celebraron con toda solemnidad el sacrificio de la misa los eclesiásticos que iban con la expedicion: rogaron al Dios de las batallas que cubriese con su escudo á los soldados que peleaban por estender el imperio de la cruz, y todos á una voz entonaron la antifona "*Exsurge, Domine.*" "*Levantate, Señor, y juzga tu causa.*"² Cualquiera les habria tomado por una tropa de mártires prontos á dar su vida en defensa de la fé, y no por una desenfrenada chusma de aventureros que se preparaban á cometer uno de los mas atroces actos de perfidia de que hace mención la historia. Mas sin embargo,

Descub., MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 187.—Carta de Hern. Pizarro, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 7.

2 "Los Eclesiásticos i Religiosos se ocuparon toda aquella noche en oracion, pidiendo a Dios el mas conveniente suceso á su sagrado servicio, exaltacion de la fé é salvacion de tanto número de almas derramando muchas lágrimas i sangre en las disciplinas que tomaron: Francisco Pizarro animó á los soldados con una mui cristiana platica que les hizo: con que, i asegurarles los Eclesiásticos de parte de Dios i de su Madre Santisima la victoria, amanecieron todos muy deseosos de dar la batalla, diciendo á voces, "*Exsurge Domine, et judica causam tuam.*" Naharro, *Relación Sumaria*, MS.

entre los vicios del hidalgo castellano, cualesquiera que fuesen, no debe contarse la hipocresia. Estaba persuadido de que combatia por la cruz, y cuando en estos momentos de escitacion recobraba esta idea todo su vigor primitivo, no advertia la mezcla de afectos terrenales que le arrastraba tambien á la empresa. Inflamados asi sus ánimos en celo religioso, los soldados de Pizarro sentian renovarse su valor conforme se acercaba el momento crítico; y su gefe advirtió con satisfaccion, que en la hora del peligro sus tropas se portarian como debia esperarse de ellas.

Estaba ya muy entrado el dia y aun no se notaba ningun movimiento en el campo peruano, donde se hacian grandes preparativos para pasar á los cuarteles de los cristianos con toda la pompa y solemnidad debida. A poco recibieron los Españoles un mensaje de Atahualpa, quien informaba á su capitan de que traeria consigo armada toda su gente, lo mismo que los Españoles habian ido á verle la tarde anterior. No era esta una noticia muy agradable para Pizarro, aunque en realidad no tenia motivo para esperarse lo contrario. Pero como el poner cualquier reparo podia dar á entender poca confianza, ó infundir alguna sospecha de sus designios, se mostró muy satisfecho del aviso

asegurando al Inca, que de cualquier modo que viniese le recibiria como á hermano y amigo.³

Llegó el sol á la mitad de su carrera antes de que se pusiese en marcha la procesion de los Indios, y al fin á esta hora ya la vieron venir, ocupando una gran parte de la calzada principal. Venia por delante un numeroso grupo de sirvientes, cuya ocupacion parecia ser el apartar del camino cualquier estorbo y hasta la menor piedrecilla. Por encima de aquella multitud aparecia el Inca, llevado en hombros de sus principales nobles, mientras otros de la misma clase marchaban á los lados de las andas; y eran tantos los adornos de oro y plata que traian en sus personas, que como dice uno de los Conquistadores "relucian como el sol."⁴ Pero la mayor parte de las fuerzas del Inca estaban formadas á las inmediaciones del camino, y llenaban los campos hasta donde alcanzaba la vista.⁵

³ El gobernador respondió: "Dí á tu Señor, que venga en hora buena como quisiere, que de la manera que viniere lo recibiré como Amigo ó Hermano." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 197.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 7.—Carta de Hern. Pizarro, MS.

⁴ "Era tanta la pateneria que traian de oro y plata que era cosa estraña lo que relucia con el

Sol." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

⁵ A los ojos del Conquistador tantas veces citado, los guerreros peruanos pasaban de 50.000; "mas de cinquenta mil que tenia de guerra." (Relacion del Primer. Descub., MS.) El secretario de Pizarro los calculó en 30,000 cuando los vió acampados en las laderas. (Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 196.) Por mucho que agrade á

Cuando la régia comitiva llegó á cosa de media milla de la ciudad, hizo alto, y Pizarro quedó sorprendido al ver que Atahuallpa se preparaba á armar sus tiendas como si pensase acampar á llí. A poco llegó un enviado á participar á los Españoles, que el Inca habia resuelto pasar allí la noche para entrar en la ciudad á la mañana siguiente.

Mucho disgustó causó á Pizarro esta noticia, pues participaba de la impaciencia general al ver la lentitud de los movimientos del Inca. Las tropas habian estado sobre las armas desde la aurora, la caballería montada y la infanteria en sus puestos, esperando silenciosamente su llegada. Reinaba el mayor sosiego en toda la ciudad, tan solo interrumpido á veces por los gritos del centinela que desde lo alto de la fortaleza avisaba los movimientos del ejército indio. Pizarro sabia muy bien que en circunstancias tan críticas como aquellas, nada hay tan peligroso como mantener mucho tiempo al soldado en la incertidumbre, y temia que su ardor se apagase y se convirtiese en esa escitacion nerviosa que en tales casos se apodera del pecho mas esforzado, y que si no es temor se le asemeja bastante.⁶ Respondió por lo mismo á

la imaginacion el fijarse en un número exacto, es muy raro que pueda hacerlo con seguridad, cuando se trata de calcular la fuerza de ejércitos bárbaros y desordenados. Dice Pizarro, que un espía indio refirió á Atahuallpa que los

Atahuallpa suplicándole que variase de resolución, y añadiendo que ya tenía todo dispuesto para recibirle y le esperaba á cenar con él aquella noche.⁷

En efecto, este mensaje hizo cambiar de resolución al Inca, y habiendo levantado otra vez sus tiendas continuó su marcha, avisando primero al general que dejaría atrás la mayor parte de sus guerreros, y entraría á la ciudad con solo unos pocos y sin armas;⁸ porque prefería pasar la noche en Caxamalca. Al mismo tiempo mandó que se preparasen alojamientos para sí y para su comitiva en uno de los edificios mas grandes, llamado la "casa de la culebra" por tener una serpiente esculpida en la pared.⁹ No podía darse noticia mas agradable para los Españoles. Parecía que el monarca indio se daba prisa á caer en el lazo que le

blancos estaban amontonados en uno de los salones de la plaza, y llenos de miedo, lo que no distaba mucho de la verdad, añade el buen caballero (Descub. y Conq., MS.)

⁷ Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

"Asentados sus toldos envió á decir al gobernador que ya era tarde, que él quería dormir allí, que por la mañana venía: el gobernador le envió á decir que le rogaba que viniese luego, porque le esperaba á cenar, y que no

había de cenar hasta que fuese."

Carta de Hern. Pizarro, MS.

⁸ "El quería venir luego, é que venía sin armas. E luego Atabaliva se movió para venir, é dejó allí la gente con las armas, é llevó consigo hasta cinco ó seis mil indios sin armas, selvo que debajo de las camisetas traían unas porras pequeñas, é hondas, é bolsas con piedras." Carta de Hern. Pizarro, MS.

⁹ Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 197.

habían tendido, y el fanático aventurero no podía menos de ver en todo esto la intervención inmediata de la Providencia.

Es difícil explicar esta conducta incierta y vacilante de Atahuallpa, tan poco correspondiente al carácter firme y atrevido que le atribuye la historia. No hay duda que al hacer aquella visita á los Españoles procedía con entera buena fé, si bien Pizarro no iba seguramente fuera de camino al juzgar que la buena disposición del Inca no descansaba en muy sólidos fundamentos. Tampoco hay razon para suponer que desconfiaba de la sinceridad de los extranjeros, pues de otro modo no se hubiera decidido á visitarlo sin armas, puesto que ninguna necesidad habia de ello. Si al principio se propuso venir con toda su gente, fué sin duda por desplegar toda la pompa real, ó para manifestar mayor respeto á los Españoles; pero cuando se decidió á aceptar la hospitalidad que estos le ofrecían y pasar la noche en sus cuarteles, le pareció mejor deshacerse de casi todas sus tropas y visitarles de una manera que les diese á entender confiaba absolutamente en su buena fé. Era demasiado poderoso y respetado en su imperio para que diese fácil entrada en su ánimo á las sospechas, y sin duda no podía comprender el artojo con que unos cuantos hombres, como eran los que se hallaban en Ca-

xamalca, meditaban apoderarse de un gran monarca, rodeado de un ejército victorioso. No conocia el carácter de los Españoles.

Se acercaba ya el sol á su ocaso cuando comenzó á entrar la procesion por las puertas de la ciudad. Venian por delante algunos centenares de criados apartando todo estorbo del camino, y entonando al mismo tiempo cantos triunfales, "no nada graciosos para los que los oyamos, antes espantosos porque parecian cosa infernal."¹⁰ Seguian despues otros cuerpos de distintas clases, vestido cada uno de diversa manera. Los trajes de los unos eran de vistosa tela de cuadros blancos y rojos, á semejanza de un tablero de ajedrez;¹¹ otros iban todos vestidos de blanco, llevando en las manos unos martillos, ó mazas de plata ó de cobre,¹² y los guardias, lo mismo que cuantos servian mas de cerca al príncipe, se distinguian por una librea azul muy rica, llena de lucidos adornos, y en las orejas traian los enormes zarcillos, divisa de los nobles del Perú.

Elevado sobre todos sus vasallos venia el Inca Atahuallpa en una silla de manos ó litera, sobre la cual habia uno como trono de oro macizo de un valor inestimable.¹³ Las andas estaban

10 Relacion del Primer Descub., MS. 12 "Con martillos en las manos de cobre y plata." Ibid.

11 "Blanca y colorada como las casas de un ajedrez." Ibid., MS. 13 "El asiento que traia sobre las andas era un tablon ed

forradas de plumas de mil brillantes colores y guarnecidas de planchas de oro y de plata.¹⁴ El traje que vestia ahora el monarca era mucho mas rico que el de la tarde anterior. Traia al cuello un collar de esmeraldas de un tamaño y un brillo extraordinarios:¹⁵ el cabello lo traia corto segun el uso de su pais, adornado de oro, y encima la borla imperial que le ceñia la frente. El porte del Inca era mesurado y magestuoso, y desde su elevado asiento contemplaba la multitud con un aire de compostura, como de quien está acostumbrado á mandar.

Asi que las primeras filas de la procesion entraron en la plaza principal, (mayor, segun un antiguo cronista, que cualquiera de las de España,) se abrieron á uno y otro lado para que pasase la comitiva real. Todo se hacia con el orden mas admirable. Dejaron que el monarca atravesase la plaza, y no se descubria un solo castellano. Cuando ya habian entrado cinco ó seis mil de sus vasallos, se detuvo Atahuallpa, y tendiendo la vista por todos lados, preguntó, "¿Dónde estan los extranjeros?"

oro que pesó un quintal de oro segun dicen los historiadores, 25,000 pesos ó ducados." Naharro, Relacion Sumaria, MS. pagaios, de muchas colores, guarnecidas de chapas de Oro, i Plata." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III, p. 198.

14 "Luego venia mucha Gente con Armaduras, Patenas, i Coronas de Oro i Plata: entre estos venia Atabaliva, en una Litera, aforrada de Pluma de Pa-

15 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. "Venia la persona de Atabaliva, la cual traian ochenta Señores en hombros todos bestidos de

En aquel momento Fray Vicente de Valverde, de la orden de Santo Domingo, capellan de Pizarro y despues obispo del Cuzco, apareció con su breviario, ó segun dicen otros, con la Biblia, en una mano y un crucifijo en la otra, y acercandose al Inca le intimó que venia de orden de su comandante para esplicarle los dogmas de la verdadera fé, con cuyo objeto habian venido los Españoles desde tan gran distancia. El fraile le esplicó en seguida lo mejor que pudo el misterio de la Trinidad, y tomando las cosas desde el principio, comenzó por la creacion del hombre, habló luego de su caida, de su redencion por Jesucristo, de la Crucifixion y de la Ascension, cuando el Salvador dejó al Apóstol Pedro por su Vicario en la tierra. Este poder pasó á los sucesores del Apóstol, varones sábios y justos, que con el título de Papas tenian autoridad sobre todos los poderes de la tierra. Uno de los últimos Papas habia autorizado al emperador español, el monarca mas poderoso de la tierra, para que conquistase y convirtiese á los naturales de aquel hemisferio occidental, y su general Francisco Pizarro venia á desempeñar tan importante comision. Concluyó el fraile suplicando al monarca peruano que le recibiese de paz:

una librea azul muy rica, y el al cuello un collar de esmeraldas
 bestido su persona muy ricamen- grandes." Relacion del Primer.
 te con su corona en la cabeza, y Descub.. MS.

que abjurase los errores de su creencia y abrazase la de los cristianos que venian á enseñarle, y era la única que podia salvar su alma; y por último, que se declarase tributario del Emperador Carlos V, quien, si así lo verificaba, le daria ayuda y proteccion como á leal vasallo.¹⁶

Es dudoso si Atahualpa comprenderia todos los eslabones de la curiosa cadena de argumentos de que se valió el fraile para ligar á Pizarro con San Pedro. Ciertamente es sin embargo que no debió formar una idea muy esacta de la Trinidad, si como dice Garcilaso, el intérprete Filippillo se la esplicó diciendo, "que los Cristianos creian en tres Dioses y un Dios, que son cuatro."¹⁷ Lo que sí entendió perfectamente fué que el objeto de aquel discurso era persuadirle á que abdicase su corona, y reconociese la supremacia de un extraño.

El monarca indiano, echando fuego por los ojos y frunciendo el ceño, le respondió: "Yo no he de ser tributario de nadie. Soy el mayor de

¹⁶ Montesinos dice, que Valverde leyó al Inca el requerimiento usado por los Españoles en sus conquistas. (Anales, MS., año 1533.) Pero este requerimiento, aunque absurdo en demasía, no abrazaba todos los puntos de la disertacion teológica que se atribuye al capellan en esta ocasion. Sin embargo, aunque no es imposible que así fuera, he seguido la relacion del P. Nahar

ro, quien recogió sus noticias de boca de los mismos actores de la tragedia, y cuya narracion mas minuciosa se encuentra confirmada por el testimonio mas general de ambos Pizarros y del secretario Xerez.

¹⁷ "Por dezir Dios trino y uno, dixo Dios tres y uno son quatro, sumando los números por darse á entender." Com. Real., Parte 2. lib. 1, cap. 23.

los príncipes de la tierra. Vuestro emperador podrá ser tan grande como yo: no lo dudo al ver que ha enviado sus vasallos desde tan lejos al traves de los mares, y me place tratarlo como á hermano. En cuanto á ese Papa de que hablais, debe ser algun loco, pues regala tierras que no le pertenecen. Lo que es mi religion," continuó diciendo, "no he de cambiarla por otra. Vuestro Dios, segun decís, fué muerto por los mismos hombres que habia criado; pero el mio," concluyó, señalando á su Dios que en aquel momento se ocultaba magestuosamente tras las montañas, "el mio vive todavía en los cielos, y contempla desde allí á sus hijos." 18

Preguntó entonces á Fray Vicente con qué autoridad decia aquellas cosas. El fraile le señaló el libro que tenia en la mano. Tomólo Atahuallpa, volvió algunas hojas, y viniéndosele sin duda á la memoria el insulto recibido, le arrojó al suelo con impaciencia, y exclamó: "Decid á vuestros compañeros que ya me darán cuenta de todo lo que han hecho en mis dominios. No me iré de aquí hasta que me den entera satisfaccion de todos los desafueros que han cometido." 19

18 El lector hallará en el *Apéndice*, bajo el número 8, varios trozos de MSS. contemporáneos, relativos á la prision de Atahuallpa.

19 Algunas relaciones le atribuyen haber insultado á los Españoles en términos mas violentos. (Véase el *Apéndice*, núm. 8.) Pero no es fácil que en estos

El fraile, sumamente escandalizado del poco respeto con que habia sido tratado el sagrado libro, no hizo mas que alzarlo del suelo, y se fué para Pizarro á decirle lo que habia ocurrido, añadiendo al mismo tiempo; "No veis que mientras estamos aquí perdiendo el tiempo en hablar con este perro lleno de soberbia, vienen los campos llenos de Indios? Dad sobre ellos que yo os absuelvo." 20 Entonces conoció Pizarro que era llegada la hora. Dió la señal convenida de agitar un pañuelo blanco en el aire, é inmediatamente dispararon la artillería de la fortaleza. Salen

momentos de agitacion se tengan bien presentes las palabras.—Segun otros, Atahuallpa dejó caer el libro por casualidad. (Montesinos, *Anales*, MS., año 1533.—Balboa, *Hist. du Pérou*, chap. 22.) Mas ateniéndonos al testimonio de los testigos presenciales, resulta lo que va referido en el testo. Y si habló con el calor que se le atribuye, no hizo mas que pagar en la misma moneda.

20 "Visto esto por el Frayle y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro, y abajó su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo, y dijole: No veis lo que pasa: ¿para qué estais en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia que vienen los campos llenos de Indios? Salid á él, que yo os absuelvo." (*Relacion del Primer.*

Descub., MS.) El historiador debe irse con tiento y asegurarse bien, antes de atribuir conducta tan diabólica al Padre Valverde. Dos de los conquistadores presentes, Pedro Pizarro y Xerez, dicen simplemente, que el fraile refirió al gefe el insulto hecho al sagrado libro. Pero Hernando Pizarro y el autor de la "Relacion del Primero Descubrimiento," ambos testigos de vista, y Naharro, Zárate, Gomara, Balboa, Herrera, el Inca Titucusi Yupanqui, todos los cuales sacaron sus relaciones de testigos presenciales, refieren el caso, con poca variacion, conforme se halla en el testo. Mas Oviedo prodijó la relacion de Xerez, y Garcilaso de la Vega sostiene, que Valverde no intentó nunca irritar las pasiones de sus compañeros.

entonces á la plaza el capitán español y sus soldados, lanzando el antiguo grito de guerra de "Santiago y á ellos," al que responden todos los demas Españoles de la ciudad, saliendo de tropel á la plaza, y echándose sobre la muchedumbre de los Indios. Cojidos estos de sorpresa, aturdidos con el estruendo de la artillería y de los arcabuces, cuyos ecos repetían como un trueno los edificios, vecinos, y cegados por las nubes de humo que envolvían la plaza, se llenaron de un terror pánico. En vano buscaban donde guarecerse contra aquella tormenta; nobles y plebeyos, todos caían pisoteados por la caballería que repartía golpes á diestra y siniestra sin perdonar á nadie, y la vista de las relucientes espadas que no descansaban un momento, ponía el colmo al terror de los infelices naturales, que por primera vez veían el ginete y al caballo en todo su furor. No hacían ninguna resistencia, ni tenían armas con que hacerla. El escapar era imposible, porque la entrada de la plaza estaba obstruida con los cadáveres de los primeros que intentaron huir, y fué tal la agonía de los demas, y tal la furia con que les acosaban sus enemigos, que un gran grupo de Indios rompió por la pared de piedra y lodo que cerraba la plaza por un lado. Cayó al fin la cerca dejando un portillo de mas de cien pasos, por donde se precipitó la multitud

al campo, perseguidos siempre de cerca por los de caballería, que saltando por encima de los escombros, se dieron al alcance de los fugitivos, cubriendo por todos lados la tierra de cadáveres.²¹

En el entretanto el combate, ó mas bien la carnicería, continuaba en toda su fuerza hácia la parte donde se hallaba el Inca. Sus fieles nobles reunidos en derredor suyo, se interponían entre él y los acometedores, y se empeñaban en sacarlos de las sillas, ó se contentaban á lo menos con presentar sus pechos á las espadas, para que sirviesen de escudo á su amado soberano. Dicen algunos que llevaban armas ocultas debajo de la ropa; pero si así era, les sirvieron de muy poco, pues no se dice que hicieran uso de ellas. El animal mas tímido acierta á defenderse cuando se ve acosado, y el no haberlo hecho estos infelices, es prueba clara de que no tenían armas.²² Mas continua-

²¹ Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tom. III. p. 198.—Carta de Hern. Pizarro, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 7.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 5.—Instrucción del Inca Titucussi Yupanqui, MS.

²² Según el autor de la Relacion del Primero Descubrimiento, algunos llevaban arcos y fle-

chas, y otros iban armados de martillos ó mazas de cobre, los que mas bien llevarían por adorno que para defensa.—Pedro Pizarro y otros escritores mas modernos, dicen que los Indios traían cuerdas para atar á los Españoles cuando los hubiesen cautivado.—Tanto Hernando Pizarro como el secretario Xerez, convienen en que si traían armas venían ocultas bajo los vestidos; pero como no llegan á decir que

ban siempre deteniendo á los Castellanos y asiéndose de sus caballos con la energía de la muerte, y apenas caia uno derribado, otro ocupaba el lugar del muerto compañero, con una lealtad que enternecía.

El monarca indio aturrido y espantado, veia caer á sus fieles vasallos en torno suyo, sin acertar á comprender lo que le pasaba. Las andas en que iba sentado, oscilaban á un lado y á otro segun cedia ó avanzaba aquella masa de gente, y él contemplaba desde allí la cercana ruina, como un desamparado marinero, cuya barca agitan los enfurecidos elementos, y ve el relámpago, y oye junto á sí el trueno, incapaz de hacer nada para contrariar su destino. Por último, cansados los Españoles de herir y de matar y viendo que la noche se venia encima, llegaron á temer que al fin iba á escaparseles la deseada presa, y así algunos de ellos hicieron un esfuerzo desesperado para poner término á la contienda, quitando la vida á Atahuallpa. Pero Pizarro que era el mas cercano á su persona, les gritó con voz estentórea; "El que apreeie en algo su vida no hiera al Inca,"²³ y estendiendo el bra-

hiciesen uso de ellas, y como el Inca anunció que vendria sin armas, debe dudarse de su asercion ó mas bien desecharse enteramente. Todas las autoridades, sin escepcion ninguna, convienen

en que no se trató de hacer resistencia.

²³ "El marques dió voces diciendo: Nadie hiera al indio so pena de la vida." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

zo para protegerle, fué herido en la mano por uno de sus propios compañeros; la única herida recibida por un Español durante todo aquel estrago.²⁴

La lucha se empeñó entonces mas que nunca en derredor de la litera del monarca. Esta vacilaba cada vez mas, y por último, muertos ya casi todos los nobles que la sostenian, vino á tierra con violencia, y el príncipe indio habria caido de golpe al suelo, si Pizarro con otros compañeros, no hubieran templado la fuerza de la caida cogiéndole entre sus brazos. Un soldado nombrado Estete,²⁵ le arrancó al instante de las

²⁴ Por discordes que estén los autores castellanos en otros puntos, todos convienen en este hecho notable; que esceptuándose el general, no salió herido un solo Español en esta accion. Pizarro vió en esto una prueba concluyente de que los Españoles estuvieron aquel dia bajo la proteccion especial del cielo. V. Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 199.

²⁵ Este soldado era Miguel Estete, quien conservó por mucho tiempo la diadema imperial, como trofeo de su hazaña, segun Garcilaso, (Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 27,) autoridad despreciable en todo lo relativo á esta parte de nuestra historia. Este escritor popular, cuya obra, por el mayor conocimiento que él tenia de las cosas de su pais,

ha logrado mayor crédito, aun en lo que toca á la conquista, que las relaciones de los Conquistadores mismos, dió rienda suelta á su vena *romantica* al llegar á la prision de Atahuallpa. Segun él, trató desde el principio el monarca peruano á los invasores con gran deferencia, como á los descendientes de Viracocha, que segun sus oráculos debian venir á tomar posesion de aquella tierra. Pero si el Inca les hubiese prestado tan lisongero homenaje, no se lo habrian dejado en el tintero los Conquistadores. Garcilaso habia leído los Comentarios de Cortés, como lo dice en su obra, y es probable que por haber hablado aquel general, y con fundamento al parecer, de una supersticion de esta especie que existia entre los Aztecas, le